

ATAHUALLPA

DANIEL LARRIQUETA

ATAHUALLPA

Memoria de un dios



Larriqueta, Daniel Enrique
Atahualpa: Memoria de un dios . - 1a
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Edhasa, 2014.

288 p. ; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-346-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela . I.
Título
CDD A863

Diseño de colección: Pepe Far
Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición: diciembre de 2014

© Daniel Larriqueta, 2014
© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-346-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

A las ocho de la noche de ese sábado veintiséis de julio de mil quinientos treinta y tres surgió por un costado de la gran plaza, blanqueada por la luz de los hachones contra las siluetas negrísimas de los cerros, el cortejo tenebroso del gran señor del Tahuantinsuyu marchando hacia la hoguera.

En el lado principal, lucían con todas sus ropas de ceremonia el capitán, adelantado y gobernador Francisco Pizarro, el capitán Diego de Almagro, los oficiales reales y los capitanes españoles con armaduras y cascos emplumados.

El Inca, el último Inca-dios, caminaba encadenado, vestido con un sencillo uncu del mejor cumbi y sólo adornada la cabeza por una manta y la sagrada mascaypacha de su dignidad imperial. Lo rodeaban cuatro arcabuceros. A su lado caminaba rezando en alta voz fray Vicente Valverde, a quien secundaban en las letanías los clérigos Morales, Asencio y Balboa, cubiertas las cabezas con capuchas y portando cirios encendidos.

Iban adelante cuatro soldados que hicieron sonar sus trompetas cuando el Sapa Inca entró en la plaza. Y entonces los miles de vasallos que llenaban los bordes se arrojaron al suelo entre un murmullo lóbrego y penetrante. Era el último homenaje.

1

En la primavera de mil cuatrocientos noventa y uno Topa Inca Yupanqui, abuelo de Atahualpa, salió del Cusco rumbo al Collasuyu, las tierras de frontera con los “charcas” y los “guaraníes” y las lejanísimas comarcas de lo que se llamaba Chile. Había reunido a los guerreros que enviaban todas las provincias en torno de la gran piedra de la guerra, en la plaza mayor de Cusco, la Huacaypata, el centro del centro del mundo. Y allí tomó las decisiones para organizar su marcha, con trescientos mil seguidores, y encabezó las ceremonias sacrificiales de la guerra, el Itu.

Partían de la capital formando una columna de minuciosa factura, porque cada grupo militar llevaba los vestidos, deformación de cabezas, adornos, banderas, guardas y colores que identificaban su pertenencia, dirigidos y encuadrados por sus jefes nobles.

Abrían la marcha cinco mil honderos y luego avanzaba la litera del Inca, rodeado por cortesanos y guardias y llevado en andas por hombres de las etnias “sora” y “rucana”, elegidos por la serenidad de su paso y llamados, por eso, “los pies del Inca”. Lo seguían cinco mil lanceros y luego la enorme cohorte de soldados, andando por los impecables caminos construidos a cada progreso del territorio imperial. Para esta expedición el Inca había agregado una guardia personal que incluía mil “orejones”, los nobles y jóvenes figuras de especial privilegio identificados por sus orejeras de oro que les perforaban los lóbulos.

Topa Inca Yupanqui promediaba su reinado. Había heredado el poder y los trabajos de su padre, tan fundantes y extendidos que aquel rey eligió cambiar su nombre original, Inca Yupanqui, por el que retendría

la memoria, Pachacuti, “reorganizador del mundo”. Y si ese padre de sangre había consolidado el reino, extendido las fronteras hacia los cuatro extremos, embellecido el Cusco, implantado el quichua como lengua obligatoria y construido el sistema de comunicaciones de caminos, puentes y postas más grande que nunca existiera, también era Topa Inca consciente de que heredaba la consagración del carácter divino de su casta y el mandato de adoctrinamiento y conversión para toda la tierra. Su padre divino, el Sol, le imponía, como a su antecesor y a sus descendientes, la misión de extender su culto y sus dones a todos los pueblos bárbaros de la tierra. Era rey y era dios.

El Topa Inca-rey viajaba con sus consejeros nobles de sangre, sus mujeres, sus generales y los “quipucamayos” más inteligentes y atentos que irían interpretando las informaciones acumuladas en las comarcas, y reteniendo en sus memorias privilegiadas, y entrenadas de muy niños, todos los hechos y relatos. Esos relatos completaban la información de los “quipus”, el grande y complejo sistema de ordenamiento numérico que mediante cuerdas de colores diferentes y nudos hechos con minucia, era la estadística del Tahuantinsuyu. En andas viajaban también sus parientes más cercanos, algunos ya en funciones como “tucuricus”, oídos y ojos del rey, que tenían el encargo de recorrer el reino e impartir justicia en nombre del Inca, y los que estarían destinados a ser nombrados “tucricoc”, gobernadores incas de las regiones nuevas que se asociaran al culto del Sol y a la autoridad del Cusco a medida que la expedición real avanzara empujando las fronteras.

El Topa Inca-dios transitaba los caminos del mundo presente, en esta quinta era, la “pacha” de la perfección y del poder incaico, encargado de dar a todos los pueblos la verdad de las creencias y su protección como Intip-Churi, hijo del Sol, que no sólo guardaba el orden de todas las cosas en el cielo y en la tierra, sino que también prodigaba a los pueblos los dones de las plantas, los animales, las habilidades y las técnicas perfeccionados y sistematizados por el poder cusqueño. El Inca viajero era la cúspide de todo lo conocido y el intérprete de la armonía que debía enseñarse a todos, como un don único del cual eran depositarios los hombres y mujeres de su linaje. La religión inca era revelación y favor, explicación de cómo funcionaba lo existente, de la unidad entre la vida y la muerte,

que no podían separarse, y enseñanza cotidiana para el bienestar y el progreso. Donde llegaba la mano del Inca llegaban el alivio y la protección para los pobres, por lo que le llamaban Huaccha-Coyaq, benefactor de los pobres.

A Topa Inca, en sus virtudes divinas, lo acompañaba para esta expedición de gran extensión el supremo sacerdote, Willac Umu, hermano de sangre y segundo en la jerarquía imperial, también seguido por sus amautas y los adivinos que se encargarían de ir develando los indicios y los sucesos a medida que viajaban y combinando con los sacerdotes de los otros cultos y las waqas —lugares y objetos sagrados— del camino, las ceremonias convenientes para favorecer la marcha. Todo debía ser observado y acercado, porque todo era uno. La sabiduría era el don de interpretar esa unidad de cielo y tierra, de los hombres y las cosas, de las montañas y los ríos. Era un culto de la armonía que también unía el tiempo y el espacio, que no en vano se llamaban de la misma manera, “pacha”.

Topa Inca viajaba en sus andas apenas mecido por el paso de los rucanas, sentado en su “dúho” o “tiyana”, cubierto de mantas de cumbi de vicuña. Lo habían vestido sus mujeres con una camisa tejida de algodón finísimo de la costa sobre la cual llevaba otra de pelo de los murciélagos de Tumbes y se abrigaba con un manto de tela de vicuña para protegerse del frío de la mañana. En la cabeza el llautu, vincha de lana muy fina que la rodeaba, y la mascaypacha imperial, borla tejida de lana roja con canutillos de oro cuyos flecos le cubrían la frente hasta las cejas. Topa Inca tenía la costumbre de llevar en la mano unos guijarros de esmeraldas muy pulidos, del grosor de huevos de perdiz, para entretenerse con ellos.

Al salir de Cusco lo hizo encerrado en su litera de madera, oro y plumas multicolores traídas de las tierras del naciente y con todos los flancos tapados por toldos que lo sustraían de las miradas. Por momentos se acercaba a las aberturas pequeñas que le permitían mirar hacia afuera sin ser notado. Pero su marcha era siempre acompañada por los gritos, los cánticos y los ruegos de los pueblos que salían a la vera del camino para desearle buen viaje y larga vida. En raras ocasiones el Inca se dejaba ver, ordenando levantar las mantas, pero eso no lo hacía en los alrededores de la capital, pues la gente de esas comarcas tenía la ocasión de verlo en las ceremonias rituales.

Era tan largo y problemático este viaje que Topa Inca había dejado en la capital un gobierno a manos de su hijo Huayna Cápac, mozo inteligente y astuto, nacido de su casamiento legítimo con su hermana Mama Ocllo, la Coya, en Cañares, en las nuevas regiones cercanas a Quito que había consolidado como tierra imperial en un viaje similar años antes. Ahora Mama Ocllo permanecía también en Cusco, como autoridad y consejera muy influyente del hijo, reforzando la tranquilidad de Topa Inca. Porque había que vigilar las dos debilidades del imperio: la enorme extensión y diversidad del dominio y las intrigas de las familias reales del Cusco, las panacas, las líneas dinásticas de los Incas precedentes que seguían vivos en sus momias y en los poderes de los descendientes. Huayna Cápac podía vigilar el reino, Mama Ocllo la vida cusqueña.

Se preguntaba Topa Inca por qué, habiendo ya llevado su mano hasta Quito, años atrás, y sumado a la verdadera religión y gobierno a los pueblos más avanzados de aquella zona lejana del Chinchasuyu, estaba emprendiendo ahora este otro gigantesco viaje hacia los confines del Collasuyu, cuando ya entendía que era difícil cubrir tanto mundo. Pero la duda era inaceptable: su misión divina, cumplida brillantemente por su padre, Pachacuti, era llevar a todo el mundo el mensaje de unión, aunque a veces tuviera que apelar a la fuerza de sus soldados. Ya entenderían, incluso los pueblos resistentes, que la bendición del Sol y el gobierno inca eran la definición verdadera de la existencia, lo que le daba sentido. Así lo había querido el ordenador del mundo, Ticci Viracocha, y así lo cumplían, como mandato, sus criaturas.

La virtud mayor de su mensaje era proteger al pueblo de la soledad. Él era el padre de todos y les ofrecía no sólo su protección, sino su comunicación con el todo. Y para eso estaba organizado el reino y sistematizado el conocimiento de las cosas de cielo y tierra, que se expresaba en todas las minuciosas ceremonias rituales y sacrificiales y que aprendían los hijos de la nobleza en la escuela de Cusco, que durante cuatro años de estudios enseñaba los misterios de la religión, el lenguaje de los quipus, el significado de las waqas, la memoria de los incas anteriores y sus hazañas. No había nobleza sin sabiduría.

Topa Inca tiene ansias de llegar al Titicaca, el lago sagrado donde empezó el mundo, allí donde Ticci Viracocha ordenó todo lo existente antes de perderse caminando sobre el mar con su refulgente túnica blanca. Blanco es el color de los dioses y lo seguimos honrando, blancas son las llamas rituales de los grandes sacrificios. Y en el Titicaca ofrecerá ceremonias especiales para consolidar su autoridad entre los collas, respetando sus costumbres y los venerados recuerdos de esas grandes construcciones ruinosas de Tiahuanaku. Y desde allí será más azaroso su viaje hacia las tierras irredentas. Pero tiene confianza, no sólo en sus fuerzas militares, sino en el aura que lo precede, en el prestigio que ya cultivó su padre cuando prefirió los acuerdos y las alianzas a los lances militares. El poder divino es más duradero que el de la fuerza. Se lo enseñó Pachacuti, y Topa Inca lo confirma y se lo enseña a su hijo Huayna Cápac para que lo transmita a todas las generaciones venideras. Los tiempos de la autoridad por la fuerza van quedando atrás, porque ya luce con destellos inconfundibles la verdad de la revelación inca.

Pero viajará muchos días antes de llegar al Titicaca. La enorme columna imperial se desplaza al paso de los soldados —sus awqa amayuc— y las llamas que, por decenas de miles, transportan los materiales de guerra y algunas vituallas, aunque lo principal de ese abastecimiento ya está previsto en las guarniciones que cada cinco o seis leguas están organizadas sobre el camino imperial, “tambos”: alojamientos y depósitos gigantes, capaces de contener armas, ropas y alimentos para miles de hombres. No avanza el Inca sin que previamente se hayan construido y organizado los caminos y las

postas, excepto cuando está en campaña militar. Éste es un viaje procesional, que acaso tendrá episodios bélicos, pero con la misión de llevar buenas nuevas y establecer nuevos gobiernos en esas comarcas lejanas. Topa Inca sabe también que se dirige hacia las montañas más altas conocidas, según los informes que ha recibido durante años de los viajeros avanzados y los jefes militares que han explorado esas regiones. A él le gustaría llegar a la más alta, para ofrecer allí los mejores sacrificios y acercarse él mismo a su padre, el Sol. Siempre ascender, ése es su mandato personal.

Pensando en esto, Topa Inca se asoma a sus miradores en los toldos del lado derecho y ve brillar en los cerros que cierran el valle un blancor de nieve que lo saluda. Y divisa a las gentes que se agolpan a los bordes y agitan banderolas mientras le gritan a coro augurios de buen viaje. El sol está alto. Los rucanas se reemplazan sigilosamente sin que el ritmo de marcha de la litera se altere, pero él advierte que suben una cuesta y se vuelve para mirar hacia atrás la enorme serpiente arco iris de su séquito. Alcanza a distinguir las insignias de algunas de las legiones, los que enarbolan un emblema de tigre, otros hay con un águila, y él va reconociendo cada nación por sus vestidos y colores. Es su imperio multicolor.

Más adelante se detendrán en los tambos ya listos y él se apeará. Sus mujeres le habrán preparado el aposento para descansar pero también una sala para reunirse con sus generales y los familiares más cercanos. Recibirá las noticias que a la columna en marcha hacen llegar los correos, “chasquis”, y las que reúnen sus generales y capitanes. Comerá frugalmente, porque su comida principal es la de la mañana, ya que la altura del altiplano dificulta la digestión durante la noche. Están más arriba del Cusco, transponiendo montañas, y hace frío. Con alguna leña y los boñigos de llamas encenderán los fuegos para entibiar los aposentos y dar luz antes del descanso. Los informes lo tranquilizan: el enorme desplazamiento se está cumpliendo en orden. Invita a sus acompañantes a beber chicha, que los entona, los alivia y los dispone al sueño. Le traen la noticia de que algunos pueblos collas pueden ofrecer resistencia y Topa Inca ordena a sus capitanes aprontar avanzadas por si hace falta combatir. Pero no ha de ser nada grave, ya ha recibido muchas confirmaciones de la lealtad de los principales jefes del altiplano

que está más allá del Titicaca. En esas regiones establecerá nuevos gobiernos; le acompañan nobles de su sangre, primos y medio hermanos en condiciones de asumir las nuevas funciones de tucricoc. Pero todo será acordado con los curacas y jefes de cada valle y se harán las ceremonias de homenaje y sumisión a las waqas y deidades de cada pueblo. Y él entregará muchos y ricos regalos a los señores locales, adornos de oro, plumas y conchas marinas, mujeres bellas y vírgenes de su propiedad, grandes recuas de llamas de su ganadería y algunas prendas de cumbi finísimas y con adornos y diseños únicos, mezcla de las lanas de vicuña con cuentas de oro, de turquesas, de lapislázuli. También tejidos y adornos tachonados de conchas de spóndylus, el mullu de hermosa luz roja y que por provenir del mar alienta las lluvias. Los generosos regalos del rey afirman una vez más el principio de reciprocidad que rige sus vínculos con los pueblos y los hombres, que a cambio le ofrecerán lealtad, trabajo para las grandes obras y sustento militar. Y se harán fiestas con muchas libaciones y canciones con tambores y melodías que durarán noches y días. Ése es el Inca, que trae la verdad, la alegría y el regocijo a sus leales. Y la plenitud de no estar solos.

Al día siguiente ordena apurar la marcha. Sus asistentes calculan que andarán por lo menos cuatro lunas hasta transponer las tierras del Tucumán y cruzar las altas montañas más frías aprovechando el mejor brillo del sol del pleno verano para entrar en lo que le han anticipado son los bellos valles de Chile. Allí deberá consolidar la frontera negociando con los jefes de pueblos indómitos y poco proclives a la asociación. Eso no lo inquieta, no forzará nada, lleva su esplendor y su persona y se ofrecerá como el padre protector de toda la gente. Los que no lo acepten quedarán a su guisa, pero no olvidarán ni el destello de su presencia ni los bienes que les aporta. Si es menester, dejará algunas guarniciones sujetas a orejones reales y mandará construir pucaras para alojar a los mandos y garantizar el orden. Pero este programa simple y luciente, que lo entusiasma porque está cumpliendo su destino, tiene una sombra. Ya había hablado mucho con su padre sobre el modo de bien hacer doctrinando a los pueblos insumisos pero también sobre la dificultad de mantener la administración de un dominio cada vez más grande. A pesar de la buena organización de las cosas, Topa Inca es consciente

de que el estiramiento de los correos, los mensajes y las decisiones disminuye su posibilidad de gobernar todo desde el Cusco. Su única respuesta al desafío descomunal de las distancias y las diferencias es afinar las normas, arraigar los ritos y distribuir sabiamente los mandos, entrenando a todos los orejones y jefes militares en el respeto de las peculiaridades locales. Pero aun así, y en la mejor de las situaciones, sólo puede confiar en la solidez de la voluntad del padre-Sol, la unidad del credo, la vigilancia de los dioses. Cuando falla el gobierno, siempre persiste la fe. Esta confianza no le quitará a Topa Inca la pregunta de si hay algún modo de mejor organizar el mundo, adaptándolo al éxito de la continua expansión.

Cuando era joven y vigoroso, quince años antes y siguiendo el diseño de su padre, había extendido la mano real y mística del Tahuantinsuyu a las tierras de Quito, porque los pueblos de por allá todavía guerreaban y algunos de las tierras bajas andaban desnudos, y otros tenían la repulsiva costumbre de comer carne humana. Y aquellas tierras eran muy bellas y ricas, en especial el valle de Quito, y el de Tumbamba, donde Topa Inca había puesto toda su energía para pacificar a los hombres y amigarse con los cerros majestuosos y los ríos roncadores. Llevó papas y llamas, alentó el cultivo del maíz y la quinua, encontró frutas y pájaros no conocidos y facilitó el acceso a las costas donde los pescadores lograban grandes cargamentos de mullu y de relucientes perlas. En las largas marchas hacia aquellas tierras del otro confín nació su hijo preferido, Huayna Cápac; por algo el muchacho le pedía siempre volver a Quito, el otro extremo.

Cuando culminaba el verano, Topa Inca llegó a Chile y decidió instalar su corte en esas tierras para pasar el invierno. Las noticias que venían del Cusco eran todas tranquilizadoras y, él pensaba que más allá de Chile no había nada, por lo que valía la pena afirmar su presencia en este confín.

Desde allí despachó delegaciones nobles a los pueblos que viven al naciente de la gran cordillera, enviándoles semillas de papa, quinua y maíz por si no las tenían o querían mejorarlas, cumbis finísimos para lujo de los jefes, y maestros para enseñarles las la-

bores mineras y el trabajo de los metales. Los viajeros regresaron con las noticias de que aquellos pueblos sedentarios y agricultores deseaban su visita, honraban su grandeza y le agradecían los dones. También enviaban en retribución pieles, piedras de colores rosa y verde de sus montañas, plumas y carne seca de ñandú, odres con un combustible viscoso, de olor fuerte y de lumbre duradera y que ellos usaban también para acondicionar las vasijas donde guardaban la aloja de la fermentación de la algarroba.

Topa Inca y su comitiva pasaron el invierno en los valles chilenos. El Inca procuró acercarse lo más posible al gran cerro Aconcagua, que los naturales consideraban el dios de todo lo existente y que sus topógrafos suponían el más alto de cuantos existían. El Inca habría querido ascender por sus laderas, pero por los ruegos de las mamacunas, las vírgenes de su servicio, y el consejo de sus sabios, los “amautas”, prefirió hacer ceremonias sacrificiales a sus pies, aunque avanzando solo, cuanto pudo, para comunicarse con la divina presencia del Sol en aquellas cúspides iridiscentes que le contestaban con el silbo de los vientos verticales. Los sacrificios que se hicieron en el valle fueron todos favorables y Topa Inca emprendió el regreso convencido de que había cumplido un viaje del destino. Nunca olvidaría la visión de aquel gigante de piedra y nieve envuelto en el azul de la eternidad.

La procesión imperial volvió al Cusco casi un año después de su partida, aún a tiempo para presidir las grandes ceremonias del Hatun Raymi que esta vez tendrían un brillo especial celebrando ese regreso, con los portadores y las recuas de llamas cargando las innumerables y variadas ofrendas que los pueblos habían obsequiado al gran rey durante el viaje y que despertaban enorme curiosidad en las panacas imperiales, los sabios, los memoristas, los quipucamayos que debían registrar todo. Y también entre el pueblo de la capital y los viajeros encumbrados que venían, como cada año, desde todas las comarcas, a participar de la fiesta. Era todo desborde de admiración y curiosidad.

Mama Ocllo y Huayna Cápac habían preparado al esposo y padre una recepción extraordinaria y llena del austero cariño imperial. Topa Inca se sintió pleno, elevado a la divina soledad de su grandeza, pero cansado y con el cuerpo trabajado por los años y

las variaciones de climas y rutas. Cuando los festejos terminaron, el Inca eligió retirarse a Chinchero, su casa de descanso en el valle del Urubamba. Estaba conforme con la administración que el hijo Huayna Cápac realizaba y seguro de la solidez de su mundo y de su fe. Más aún, admirado y agradecido por el mundo que Ticci Viracocha había forjado, tan hermoso y tan variado que parecía inagotable, aunque él estaba seguro de haber llegado a uno de los confines donde comienzan las brumas y la nada. ¡Pero cuánto había visto y aprendido, cuánto para celebrar, cuánta belleza para dar las gracias!

El gran Topa Inca murió poco tiempo después de regresar del largo viaje. Murió en Chinchero agobiado por la fatiga y madurado de cuerpo y de alma por un reinado de veinte años henchidos de trabajos imperiales y destellos místicos. Su muerte desencadenó el dolor del reino que, al par que se conmovía con la noticia, preparaba el año de duelo duro y cruel con el ceremonial que ya había establecido su padre Pachacuti. Mama Ocllo vigilaba el cumplimiento de su voluntad sucesoria, pero muchas otras mujeres y servidores se inmolaron para acompañar al Inca a su nueva morada celestial. El Cusco se vistió de duelo durante un año y luego, por un mes, se ejecutaron las ceremonias para facilitar a Topa Inca su paso a la eternidad. Los príncipes y los sacerdotes visitaron los lugares donde el Inca había sembrado o cosechado en todo el reino, vestidos y adornados para la ceremonia, y en cada sitio los miembros de la gran comitiva lo invocaron diciendo “contempla los vestidos que solías ponerte” y, en los lugares indicados por la memoria, le recordaron “mira el arma con la que venciste y sometiste una provincia y los caciques que eran señores en ella”. Y entonces el máximo dignatario de la comitiva contestaba: “Está en los cielos con su padre, el Sol”.

Luego se hicieron ceremonias militares con luchas simuladas en Cusco y entonces los actos funerarios entraron en su último tramo, el de los sacrificios, la “capacocha”. Todos los vestidos usados en las ceremonias de adiós se quemaron en una gran hoguera, a la que también se arrojaron mil llamas y alpacas finamente enjaezadas y otro millar de crías recién nacidas. Otras dos mil llamas

se mataron para alimentar con su carne a los concurrentes y en todo el reino se mandó matar mil animales en cada lugar que había visitado el Inca muerto. Para que le acompañaran y sirvieran en la nueva vida se enterraron un millar de muchachos y muchachas en los lugares de residencia habitual de Topa Inca.

La momia del Inca muerto, el “mallqui”, fue vestida con todo el lujo imperial, sus vísceras fueron quemadas y las cenizas depositadas en el interior del Punchao, la imagen sagrada del Sol representado como un joven sentado y muy alhajado de quien salían rayos solares, serpientes y leones, según la visión legendaria que había tenido Pachacuti en una de sus revelaciones místicas. A la momia de Topa Inca se la alojó en Patallacta y desde entonces se la atendería y reverenciaría con toda pulcritud para que siguiera viviendo y participando de la vida de Cusco y de las ceremonias principales. Todos sus bienes y tierras quedaron al servicio y bajo la custodia de sus familiares, su panaca, lo que engrosaba el grupo ya vasto de familias-panacas descendientes de otros Incas, todos residentes en el Cusco y creciente motivo de inquietud por los conflictos frecuentes y el enorme gasto de esas vidas dispendiosas.

El largo año de rituales funerarios no detuvo la vida. Mama Ocllo, la Coya viuda, vigilaba que se cumpliera la voluntad del muerto y el hijo elegido, Huayna Cápac, pudiera calzar la mascapacha a pesar de las ambiciones de otros hermanos, sus madres y algunos generales afortunados que gozaban de predicamento entre las panacas rivales. Topa Inca había tenido tiempo y autoridad para consolidar la sucesión, pero algunas resistencias obligaron a proceder expeditivamente, matando a pretendientes desleales, aunque fuesen hijos del Inca con algunas de sus otras cuantiosas mujeres.

Mama Ocllo tenía segura y ruda mano imperial, y Huayna Cápac no trepidó. Se casó con su hermana Chimbo Ocllo y con toda energía afirmó sus derechos. El pueblo lo acompañó en su vindicación y lo aclamó por todas partes, con gritos y zarabandas, anunciando: “*Huayna Cápac Inca Zapalla tuquillacta ulla*”, sólo Huayna Cápac es rey, a él oigan todos los pueblos. Empezaba otro reinado, los pueblos tenían siempre a un dios al frente y no padecerían ni desamparo material ni soledad del alma. Era la victoria de